

¿Fundó Jesús la Iglesia?

por Juan Sánchez Núñez

Introducción

Siendo la mía la última ponencia de esta Jornada Teológica creo que debo ser sintético. Mi ponencia plantea: ¿Fundó Jesús la iglesia? Mi respuesta es: «No, Jesús anunciaba el Reino de Dios, y vino la Iglesia».

Es probable que esta frase la hayáis oído antes, es una cita del libro *El Evangelio y la Iglesia*, escrito por un teólogo católico francés en 1902, Alfred Loisy. Se ha utilizado mucho durante el siglo XX para oponer a Jesús y a la iglesia. Y es que tras toda la investigación histórica sobre Jesús, algunos piensan que la relación entre Jesús y la iglesia es una relación de «amores no correspondidos». De esto voy a hablaros esta tarde.

Efectivamente: «amores no correspondidos». Y es que Jesús es el centro de la vida eclesial. La iglesia ama a Jesús; la iglesia tiene como centro de su vida a Jesús; la iglesia no se entiende sin Jesús; la iglesia invita al mundo a amar a Jesús... No creo que sea necesario abundar más en la descripción del amor de la iglesia por Jesús.

Ahora bien: ¿Amó Jesús a la iglesia? Aunque os resulte extraño a algunos, he de decir que no, que Jesús no amó a la iglesia. Hoy en día todos los estudiosos del Jesús histórico nos dicen que Jesús era un judío, que vivió como judío y murió como judío; luchando como judío por reformar el judaísmo, por renovar el pacto de su pueblo con Dios. Jesús anunciaba el Reino de Dios a su pueblo; y sólo a su pueblo invitaba a convertirse y creer en esta buena noticia. Le dice a sus colaboradores, a los que él envía a ayudarle a proclamar este evangelio:

No vayáis a tierra de gentiles, ni tampoco a las ciudades de los samaritanos, debéis ir a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia (Mt10, 5-8).

Así que Jesús no vivió para la iglesia, y sin embargo la iglesia vive para Jesús. Entonces, ¿qué relación existe entre Jesús y la iglesia? — os preguntaréis. Esto es lo que estudio bajo este título «¿Fundó Jesús la igle-

sia?», que suena a controversia católico-protestante, pero que tiene mucha más enjundia.

He comenzado mi ponencia citando la famosa frase de Alfred Loisy, que dice exactamente así: «Jesús anunciaba el Reino y es la Iglesia la que ha venido». Pues bien, se cita mucho esta frase, pero utilizándola en sentido contrario a lo que el autor pretendía; para el autor sí existe una continuidad entre Jesús y la iglesia; pero, paradojas de la historia, la frase de Loisy ha sido utilizada a todo lo largo del siglo XX para resaltar la discontinuidad entre Jesús y la iglesia; para expresar de un modo breve, resumido, de un modo que ha hecho historia, la distancia entre lo que Jesús buscaba directamente, aquello para lo que vivió y por lo que murió: «el luminoso y esplendoroso» Reino de Dios; y lo que vino después, «la triste realidad» de la iglesia.

Y es que hoy en día, los estudiosos del Jesús histórico, coinciden en esta discontinuidad: Jesús no fundó la iglesia, Jesús no dedicó su vida y sus energías a la fundación de la iglesia, no la instituyó, no le dio una base mínima de organización; sino que su ministerio estuvo dirigido al pueblo de Israel. Lo que él quería era otra cosa que podríamos resumir así: Jesús quería la renovación escatológica del pueblo de Israel.

La iglesia predica a Jesús; sin embargo, Jesús no se predicaba a sí mismo. Tal y como nos muestran los textos del Nuevo Testamento, para que surja la iglesia es necesario que Jesús resucite y que venga el Espíritu Santo sobre sus discípulos. Estas son las dos condiciones de posibilidad de la iglesia. Sin estas dos condiciones, no existe la iglesia.

¿Cómo he planteado mi exposición? Estos son los cuatro puntos:

1º. ¿Qué quería Jesús?. Respuesta: La renovación del pueblo de Israel.

2º. ¿Son los discípulos de Jesús el núcleo inicial de la iglesia?. No. Son los compañeros de su ministerio profético.

3º. Entonces, ¿cuál es el origen de la iglesia?. Mi respuesta es que la iglesia tiene un doble origen: Pascua y Pentecostés —o dicho de otro modo: «Jesús, muerto y resucitado» y «La experiencia del Espíritu».

4º Fundación indirecta e implícita de la iglesia en Jesús. Continuidad discontinua.

He comenzado esta ponencia citando la famosa frase de Loisy y el uso que en el siglo XX la teología ha hecho de ella, un uso contrario a las intenciones del autor. Pues bien, me parece que ya a principios del siglo XX, este autor plantea el problema de la continuidad discontinua entre Jesús y la iglesia de una manera muy clara. Quiero que leamos la cita ampliada para «entrar en materia».

Jesús anunciaba el Reino y es la Iglesia la que ha venido. Ha venido ampliando y desarrollando la forma del Evangelio, que no podía ser conservado manteniéndose siempre igual, una vez que el ministerio de Jesús hubiera concluido por la pasión. No hay institución alguna sobre la tierra o en la historia humana, cuya legitimidad y valor no podamos cuestionar, si partimos del principio de que nada tiene derecho a existir si no es en su estado original. Este principio es contrario a la ley de la vida, la cual es un movimiento y un esfuerzo continuo de adaptación a unas condiciones perpetuamente variables y nuevas. El cristianismo no ha escapado a esta ley y no es necesario criticarlo por haberse sometido a ella. No podía hacer otra cosa. Conservar su estado primitivo era imposible y restaurarlo también lo es, ya que las condiciones en las cuales el Evangelio ha surgido, han desaparecido ya para siempre. La historia muestra la evolución de los elementos que lo constituían. Estos elementos han sufrido —y no podía ser de ninguna otra manera— muchas transformaciones, pero son siempre reconocibles. Y no es nada difícil ver qué es lo que representa hoy día, en la Iglesia católica, la idea del reino celestial, la idea del Mesías promotor del reino, la idea del apostolado o de la predicación del reino, los tres elementos esenciales del Evangelio vivo, convertidos hoy día en aquello a lo que se han visto obligados para poder seguir subsistiendo. La perspectiva del Reino se ha desarrollado y se ha modificado, la de su venida definitiva ha retrocedido, pero el fin del Evangelio ha permanecido como el fin de la Iglesia (pág. 152.)

1º ¿Qué quería Jesús?

Si he terminado mi introducción con una cita de Loisy, permitidme comenzar este punto con otra cita de un teólogo que ha sido fuente constante de inspiración en mi vida cristiana. Dice José Ignacio G. Faus, hablando del origen y la naturaleza de la Iglesia¹: «*En el Jesús histórico no hay intención de fundar una iglesia.* Por tanto, difícilmente pudo haber instrucciones o prescripciones dadas a los apóstoles sobre las estructuras de la Iglesia. Lo que sí hubo es una comunidad de seguidores en torno a Jesús, creada por Él, y que, lógicamente, habrá de servir de espejo a la iglesia nacida de la Pascua».

En el Jesús histórico no hubo intención alguna de fundar una iglesia. Lo que Jesús quería era la renovación escatológica del pueblo de Israel. Así que su ministerio iba destinado a todo el pueblo de Israel, a que todo el pueblo de Israel acogiera su anuncio de salvación y se «renovara» desde esa salvación que Dios le ofrecía.

Así nos narra Marcos el comienzo del ministerio de Jesús: «El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; cambiad de vida, y creed al Evangelio» (Mr 1,15).

En este anuncio nos resume Marcos la predicación de Jesús. Con las parábolas, explicará Jesús a su pueblo ese Reino de Dios que anuncia; con los milagros, mostrará a Israel que el reino es una realidad presente en medio de ellos: «Si yo por el poder de Dios echo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros» (Lc11,20); con la oración que enseña a sus discípulos pondrá el reino en el centro de sus vidas, les enseña a pedir que venga el reinado de Dios.

Pues bien, a diferencia de la mayoría de los líderes y grupos religiosos contemporáneos de Jesús, él se siente enviado a todo Israel, a todo un pueblo que ve como un «miserable rebaño sin pastor». Nos dice Mateo 10,35-36: «Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de los judíos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor».

Como decía, no actuaban así los esenios, ni los celotas, ni los fariseos, ni la secta de Qumrán, ni los círculos

¹ José I. González Faus, «*Obispos para el siglo XXI*», «Iglesia Viva» 208 (2001)133-144

culos apocalípticos; todos ellos no admitían en su comunidad sino a gente estrictamente seleccionada, que estuvieran dispuestos a seguir su credo y a cumplir sus reglas. De alguna manera todos ellos querían construir un «resto» de Israel santo y puro. El propósito de cada uno de estos grupos era la constitución del «resto o remanente de Israel» —el verdadero Israel, el círculo de los elegidos.

Jesús busca lo contrario de esa elite; sus amigos son los publicanos y las prostitutas, sus discípulos gente de «mala calaña», diríamos hoy. Jesús está siempre con los pobres, con los marginados, con los pecadores, con los enfermos, con los que sufren, con aquellos que son despreciados por los que se consideran santos y puros. Pues bien, con esos está Jesús, con «el pueblo bajo» que diríamos hoy, con «el pueblo de la tierra». Y es que Jesús quiere que todo Israel se renueve, abriéndose al reinado de Dios. Pero añade Jesús algo muy importante: esta renovación empieza por los márgenes del pueblo, por lo despreciado del pueblo. La justicia del reino de Dios se hace realidad acogiendo lo más pobre, lo más débil, lo más despreciado, aquello que para los otros grupos religiosos no cuenta a la hora de construir el verdadero Israel. El reino de Dios se va gestando allí donde ocurren cosas buenas para los pobres, como dice Pagola en su libro sobre el Jesús histórico².

Pero no podemos seguir abundando en este punto. Mi ponencia no versa sobre el Jesús histórico, el que lo desee puede ampliar lo que aquí he mencionado, sin ir más lejos... con el excelente libro de Pagola. ¡No me extraña que levante tantas envidias!

Creo que con lo dicho he puesto de manifiesto cuál es el eje central de la vida de Jesús y a quién se dirigía. Sólo añadir que en este sentido resulta muy chocante otro texto de Mateo, que seguro recordáis. Ya he citado Mt10, cuando Jesús envía a sus discípulos a anunciar el reino y les dice que vayan sólo a las ovejas perdidas de Israel. Cinco capítulos después, nos narra Mateo una breve incursión en tierras de Tiro y Sidón, y la respuesta de Jesús a sus discípulos, cuando estos le piden que le diga algo a esa mujer sirofenicia que tiene una hija enferma y que anda tras ellos solicitando misericordia. Pues bien, Jesús le vuelve a repetir a sus discípulos: «No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt 15,24).

Para concluir este punto y para no dejaros con esta incertidumbre que creo que he ido generando, vamos

a leer un texto de Pablo, que a penas he visto citado en este contexto, pero que me resulta esclarecedor de lo que vengo exponiendo.

Pablo, presentando de una manera muy sintética la figura de Jesús, posiblemente tenga en mente su vida, su muerte y su resurrección. Pues bien, el ministerio de Jesús lo interpreta así Pablo en Ro 15,8: «Porque os digo que ciertamente Cristo se hizo servidor de los judíos para probar que Dios es fiel al cumplir las promesas hechas a nuestros antepasados».

Jesús no puede salvar a todos de un plumazo, está sometido a las limitaciones de su condición histórica y no tiene problemas en circunscribir su ministerio a esas limitaciones. No puede ser de otra manera. No puede salvar a judíos, samaritanos, y a todos los pueblos de la tierra de un plumazo, sin respetar el lento caminar de la historia. Pero ya he dicho que no podemos seguir indagando en esta dirección. Nos apartaríamos del tema que estudiamos hoy.

Pero sí dejadme decir algo que este versículo de Pablo me ha sugerido y que de algún modo significa anticipar la conclusión de mi ponencia, porque lo que voy a decir muestra la continuidad entre el evangelio de Jesús y el de Pablo —es decir, la continuidad entre el evangelio de Jesús y el evangelio de la iglesia.

¿Cómo veo yo esa continuidad?

Jesús anuncia al pueblo de Israel que Dios está cercano, que la salvación de Dios es una realidad: «Se ha cumplido el tiempo» —decía Jesús. No hay que seguir esperando. Dios está aquí, entre nosotros, reinando, ya podemos experimentar la salvación de Dios. Hoy es el día de la salvación de Dios, hoy es el día del cumplimiento de las promesas de Dios. Convertíos y creed en la buena noticia. Esto anunciaba Jesús, como hemos visto.

Pues bien, Pablo dice lo mismo: la salvación de Dios se ha hecho realidad en medio nuestro. Estamos viviendo los últimos tiempos, los tiempos del cumplimiento de las promesas de Dios. La salvación de Dios se ha hecho realidad entre nosotros, pero no sólo en la vida de Jesús. De un modo que jamás ojo humano vio, ni oyó oído alguno, ni ha pensado ninguna mente humana (1Co 2,9), Dios ha cumplido las promesas hechas al pueblo de Israel en la vida, la muerte y la resurrección de Jesús. Y ha hecho a toda la humanidad beneficiaria de esta salvación. Hoy es el día de la salvación de Dios. Dios es Evangelio para la humanidad. Y en la historia ese Evangelio es su Hijo Jesucristo: Dios encarnado, Dios salvando a la humanidad.

² José Antonio Pagola, *JESÚS, aproximación histórica*, PPC 2007

2º ¿Son los discípulos de Jesús el núcleo inicial de la iglesia?

No. Son los compañeros de su ministerio profético, y así nos son presentados, al igual que en las antiguas escuelas de profetas y teniendo como modelo a Elías, en la redacción de los relatos evangélicos de seguimiento.

Podemos preguntarnos entonces: ¿Los Doce no representan el inicio del nuevo pueblo de Dios?. No. No hay continuidad entre los doce y la iglesia. De hecho fuera de los evangelios, los Doce sólo aparecen tres veces. En 1 Co 15,5: «Apareció a Pedro y después a los doce»; en Hch 6,2: «Así que los doce convocaron a la multitud de los discípulos» —a propósito del conflicto con los helenistas de la iglesia de Jerusalén; y en Ap 21,14, donde se nos dice que los nombres de los doce están inscritos sobre las doce puertas de la nueva Jerusalén.

Hemos visto en el punto anterior que el anuncio del reino de Dios determina la vida de Jesús. Pues bien, Jesús no está sólo en esta tarea. Pronto empieza a surgir a su alrededor un grupo de discípulos que le siguen. Y le siguen porque Jesús mismo les ha llamado a dejarlo todo —trabajo, familia, bienes, etc.— y a acompañarle en su ministerio. Jesús los llama y los asocia a su propio ministerio.

Mc 3,13-15: «Después subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar, y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios».

Sin embargo Marcos nos ha dicho un poco antes que el grupo de los discípulos era muy numeroso. En el capítulo 2 nos dice que Jesús ha llamado a Leví, un publicano, a que le siga. Éste efectivamente deja su trabajo y le ofrece una comida. «Después, mientras Jesús estaba sentado a la mesa en casa de Leví, muchos publicanos y pecadores se sentaron con él y sus discípulos, pues eran ya muchos los que lo seguían» (2,15).

Y después, los que acompañan a Jesús y reciben su enseñanza, no son sólo los doce, sino un grupo mayor de discípulos. Marcos, en el capítulo 4, nos dice que después de narrar la parábola del sembrador, cuando se queda a solas «con los que lo seguían y los doce, le preguntaron sobre las parábolas. Jesús les dijo: A vosotros se os ha comunicado el misterio del reino de Dios, pero a los de fuera todo les resulta enigmático» (vv. 10-11).

Lucas nos da detalles acerca de esos discípulos, Lc 8,1-3: «Después de esto, Jesús caminaba por pueblos y aldeas predicando y anunciando el reino de Dios. Iban con él los doce y algunas mujeres que había liberado

de malos espíritus y curado de enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que había expulsado siete demonios, Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes, Susana y otras muchas que le asistían con sus bienes».

Entonces, los doce, ¿qué papel cumplen? Lo cierto es que la mayoría de los exegetas actuales nos dicen que cumplen un papel simbólico. Hacen referencia a las doce tribus de Israel, pero hacía ya mucho tiempo que Israel se sabía reducido a una «reliquia» de lo que habían sido las doce tribus. Los doce constituyen una reconstitución simbólica de todo el pueblo de Israel, y su sentido es fundamentalmente escatológico. Nos muestran la fe de Jesús, de que en el reino, el pueblo amado por Dios será reconstituido en su totalidad. No «los puros» solamente, sino todos los miembros del pueblo. Y su sentido escatológico queda muy claro en el texto de Lc 22,29-30, donde tras la disputa entre los doce acerca de quién era el más importante, Jesús les dice: «Y yo os hago entrega de la dignidad real que mi Padre me entregó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa cuando yo reine, y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel».

Daniel Marguerat, en su libro sobre Jesús³, nos dice que hay tres círculos concéntricos en torno a Jesús y que el grupo de los que lo siguen no es tan fijo como se da a entender con el reducido círculo de los doce. Y añade:

De hecho la iglesia estaba interesada en esta reducción, pues veía en ella su propia prefiguración. En realidad, los que se adhieren a Jesús se repartieron en tres círculos concéntricos. Primeramente, sus íntimos, los Doce, cuya significación simbólica ya hemos señalado. En segundo lugar, hombres y mujeres que le seguían, como aquellos de los que habla Lc 8,1-3. En tercer lugar un círculo más amplio de aquellos que simpatizaban con sus ideas; entre ellos el Gadareno curado de sus demonios, que quería seguir a Jesús, pero Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: vete a tu casa... (Mc 5,18-20); el exorcista que curaba en nombre de Jesús (Mc 9,38); Nicodemo (Jn 3), José de Arimatea, que dio sepultura al cuerpo de Jesús (Mc 15,42-46); y tantos otros anónimos que los evangelistas situaban entre la multitud. (pág. 73)

Ahora bien —continúa diciéndonos Marguerat— «muy pronto, después de Pascua, se manifestará una

³ Daniel Marguerat, *El hombre que vino de Nazaret*, Gayata Ediciones 1996

tendencia a amalgamar los tres círculos: a los Doce, los que siguen a Jesús y los discípulos; tanto es así que los tres grupos formarán un solo bloque para designar la misma realidad: los Doce van a coincidir con los discípulos, sólo ellos siguen a Jesús, y el término discípulo pasa a designar el hecho de ser cristiano». Y añade: «Excluyendo la función de prefiguración de los Doce de la que he hablado antes, esta evolución viene dictada por el hecho de que después de Pascua, el seguimiento de Jesús, en su sentido propio, era imposible».

Por lo tanto, concluye Marguerat: «Comprendemos por fin que el llamamiento radical al seguimiento, que renuncia a todas las relaciones sociales e introduce en una existencia de nómada, despojada de toda seguridad, no es dirigido a todos; no lo es al círculo amplio de simpatizantes; y todo el drama del hombre rico es precisamente el de no haber sabido despojarse de sus bienes para pasar del rango de simpatizante al rango siguiente (Mc 10,21-22)». (pág. 76)

Lo cierto es que fuera de los evangelios, en los demás libros del Nuevo Testamento, sólo una vez aparece el concepto de seguimiento. De hecho es sustituido por el de imitación. Pero no vamos a estudiar esta evolución; solamente dejamos constancia de ello. Pero lo cierto, y *este es un último detalle* a tener en cuenta, no es ajeno a esta evolución *la desaparición de la urgencia escatológica* que movía a Jesús y a sus discípulos, y que apremia también a los primeros grupos de la iglesia, pero que desaparece definitivamente en las últimas décadas del siglo I. Por supuesto no tenemos tiempo de analizar esto.

Pasemos ahora a preguntarnos, si Jesús no fundó la iglesia.

3º Entonces ¿cuál es el origen de la iglesia?

Mi respuesta es que la iglesia tiene un doble origen: Pascua y Pentecostés; o, dicho de otro modo: «Jesús, muerto y resucitado» y «La experiencia del Espíritu».

Ahora bien, esta es una respuesta teológica. Sin embargo yo creo que la respuesta debe ser también histórica. Hoy en día se conoce muy bien ese proceso histórico por el que la iglesia cristiana deja de ser una secta judía y se convierte en una religión nueva, un proceso histórico largo y complejo. Lo cierto es que no se produjo de una sola vez, ni en todas partes al mismo tiempo. Hechos nos dice que fue en Antioquia donde por primera vez se denomina cristianos a los que creían en Jesús —es decir, se les reconoce como una entidad distinta, aparte de la sinagoga judía.

Históricamente hay varios factores, pero quizás el más importante es posiblemente el rápido éxito de la misión entre los no judíos y el no imponerles la Ley, algo inaceptable para los judíos. Esto empezó a crear una distancia que llegó a ser definitiva cuando los cristianos deciden no participar en la guerra de liberación judía contra Roma (años 66-70). La destrucción del templo, en la que termina esa guerra, marca ya una evolución claramente separada de ambos movimientos.

Como veis mi ponencia tiene para escribir un libro, así que voy a intentar ser más sintético. Seguimos con el punto de vista teológico.

Está claro que el Nuevo Testamento presenta a la iglesia naciendo y recibiendo su identidad, del evento Pascua-Pentecostés. El libro de Hechos lo deja muy claro. La iglesia es una realidad pospascual, que se origina como consecuencia de la resurrección de Jesús y del don del Espíritu Santo. Pero no sólo Hechos. Las tradiciones y los relatos evangélicos relativos a la resurrección y a las apariciones del resucitado, están organizados para mostrar que la resurrección funda la iglesia y que ésta nace para dar testimonio de la resurrección y de su alcance salvífico. También Pablo, con su predicación, nos muestra lo mismo, es la muerte y resurrección de Jesús la que marca el comienzo de un tiempo nuevo en el que la salvación se ofrece por gracia a todos los hombres, llamándoles a reunirse «en Cristo» para formar juntos su cuerpo que es la iglesia.

La perspectiva teológica del Nuevo Testamento es claramente pospascual; la iglesia existe a partir del acontecimiento de la resurrección, es legitimada por el Resucitado y reunida por el Espíritu, que es el don escatológico; y lo que la diferencia y le da su identidad es la confesión de Jesús como Cristo y Señor.

Y es que la resurrección de Cristo es entendida como desencadenante de una nueva historia, de una nueva humanidad, incluso de una nueva creación. Nueva historia, nueva humanidad, hecha posible por el Espíritu, que es el que nos revela a Jesús como el Ungido de Dios, el Cristo. Y como Señor: Recordamos el texto de 1 Co 12,3: «y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo». La experiencia pas-cual marca de un modo crucial el surgimiento de la iglesia. Sin la experiencia de esa acción poderosa de Dios que resucita a Jesús de entre los muertos jamás hubiera nacido la iglesia. Esa experiencia configura al grupo de creyentes como aquel que confiesa que Jesús es el Señor, el Salvador del mundo y lo convierte en ese grupo que «con gran poder da testimonio de la resurrección del Señor Jesús» — como nos dice Lucas en Hch. 4,33 cuando nos da un resumen de la vida de los primeros cristianos en Jerusalén.

La nueva humanidad, la nueva historia desencadenada allí donde Cristo se da a conocer como el resucitado, es la iglesia. Creo que esto es de sobra conocido y no necesito abundar en ello; pero tal y como yo he venido planteando la ponencia, creo que surge una cuestión más compleja y sobre la que no es tan fácil aportar algo de claridad. A saber, los escritos del Nuevo Testamento nos presentan la iglesia como una realidad pospascual, pero la refieren también a la obra histórica de Jesús. ¿Cómo entender esto?

Creo que hoy disponemos de gran información acerca de cómo se desarrolla todo este proceso⁴. Hay que decir que la primera preocupación de los que reunieron las tradiciones relativas a Jesús fue transmitir sus palabras y sus hechos como algo actual. Así, todo ese material es objeto de una reinterpretación en función de las necesidades de las comunidades (su predicación, enseñanza, edificación, etc.). Además, tal reinterpretación fue obra de unas comunidades que veían a Jesús a la luz de la Pascua y comprendían sus palabras y sus acciones como destinadas a ellas, en una situación ya cualificada por su resurrección y su presencia como Señor. Debido a ello, se produce una compenetración constante entre las palabras y las acciones (históricas) de Jesús por una parte, y las palabras y acciones que la comunidad atribuye a Jesús por otra: recogiendo y actualizando a su manera las palabras y las acciones de Jesús, reinterpretándolas a la luz de la experiencia que ellas tienen, las comunidades cristianas llegarán hasta poner en boca de Jesús su propio lenguaje y hacerle realizar sus propias acciones.

Este trabajo de las comunidades sobre las tradiciones revela una doble intención: recogiendo y reinterpretando las palabras de Jesús se quiere a la vez enraizar la experiencia actual de la iglesia en la obra histórica de Jesús. De este modo se atestigua, por consiguiente, que en adelante es la comunidad el lugar de su presencia viva y actual: es decir, que la presencia y la salvación de Jesús es comunicada en las palabras y las acciones de la comunidad.

Y es que después de la resurrección el Jesús histórico es visto a una nueva luz, y es comprendido a unos niveles de profundidad antes imposibles. Sin embargo, el verlo a la luz de la resurrección no significa sustituir el Jesús histórico por el Cristo de la fe; en absoluto. Para la fe pospascual el «criterio y la norma» de verdad sigue siendo el Jesús histórico, so pena de

⁴ Ver cómo lo describe VV.AA. *Iniciación a la práctica de la Teología* V.3 Ed. Cristiandad 1985, Págs. 87-137. Lo que cito a continuación en la Pág. 91.

deshistorizar la fe, y en consecuencia, falsearla en sus mismas raíces.

De hecho, decir que la iglesia es una realidad pospascual no dice nada en contra de que el grupo histórico de los discípulos de Jesús siga siendo el criterio, la norma constituyente de todo grupo que quiera llamarse iglesia de Jesús. De modo que en ese grupo hay que ver siempre el modelo prepascual de lo que debe ser la "vida cristiana" después de la Pascua.

Creo que ahora sí podemos decir esto y no verlo en contradicción con lo que he expuesto en el punto 2 de mi ponencia, porque somos conscientes de esa relación de continuidad discontinua que existe entre los discípulos que seguían a Jesús y los grupos que dieron lugar a las iglesias primitivas.

Así que creo que ya debemos ir concluyendo.

4º Fundación indirecta e implícita de la iglesia en Jesús. Continuidad discontinua.

Hoy en día hemos de reconocer que es el acontecimiento pascual lo que suscita la iglesia y que sólo se puede hablar de ella a partir de la resurrección y del don del Espíritu Santo. De aquí se deduce una afirmación que admiten incluso nuestros hermanos católicos: A saber, que la iglesia no puede ser considerada como una sociedad fundada por Jesús y gobernada por aquellos a quienes él entregó sus poderes, es decir, Pedro y los apóstoles. No se puede establecer esta relación directa entre Jesús y la iglesia.

Esto ha llevado a que algunos hayan propuesto hablar de «eclesiología implícita». Al igual que cuando se estudia la persona de Jesús se habla de una cristología implícita, de esa realidad en germen que ya en la vida de Jesús se manifiesta y que tras su muerte y resurrección será reconocida de una manera plena. Así también, en el caso de la iglesia, habría que ver una eclesiología implícita en la actividad histórica de Jesús y en la comunidad que forma con sus discípulos.

Sin embargo, antes de comentar las dificultades que tiene esto, permitidme mencionar otras conclusiones acerca de la iglesia que gozan de amplio consenso y que son fruto de toda esta moderna aproximación al estudio de la misma.

Evidentemente lo que a la iglesia le preocupa es mantenerse fiel a la revelación de Dios en su Hijo Jesucristo. Pues bien, «lo que decide sobre el *carácter cristiano de una iglesia* es que sus estructuras favorezcan la igualdad, la fraternidad, la libertad y «la eminente dignidad de los pobres», desde la experiencia de Dios de Jesús». Así lo expresa J. I. González Faus, en el artículo citado anteriormente, y continúa diciendo:

La eclesiología del Nuevo Testamento es enormemente plural. *Sería contrario al NT institucionalizar una sola visión de la Iglesia, sacrificando la pluralidad* [...] Los ministerios eclesiales están presentes en todo el NT. Pero su estructura es enormemente imprecisa y cambiante. *No hay alusión directa a los diversos ministerios, porque éstos no provienen de Jesús.* A lo que se atiende en los evangelios es a que aquellos ministerios, que entonces comenzaban a nacer, se asemejen a Jesús y se desarrollen en consonancia con Él. A partir del s. III la Iglesia necesitó institucionalizarse debido a su crecimiento. Como no tenía modelos para ello, *recurrió unas veces a imitar la estructura de la sociedad civil romana, y otras a recuperar instituciones o normas del Antiguo Testamento* (entonces es cuando se generaliza la terminología «sacerdotal» inexistente al principio). Este doble proceso es muy comprensible; pero no es obligatorio ni está exento de peligros para la iglesia posterior. Su mayor peligro, es que «el concepto de dirección» pasó de la esfera del ministerio a la del gobierno.

En fin, no creo que sea necesario seguir desarrollando algo que pertenece ya a la eclesiología; solamente volver a decir que no se puede hablar de un modo directo y explícito acerca de la relación entre Jesús y la iglesia; sólo comentar lo difícil que resulta establecer esta relación de un modo claro.

Esto lo pone de manifiesto la obra de uno de los grandes exegetas católicos del Nuevo Testamento, Gerhard Lohfink. Pues bien, escribió en el año 1982 un libro titulado *La iglesia que Jesús quería*⁵, un libro con varias ediciones y traducido a varias lenguas, entre ellas el castellano. Como consecuencia de la publicación de ese libro, recibió muchas invitaciones por parte de grupos parroquiales y otros grupos eclesiales, para que les ayudara a aplicar pastoralmente el mismo. Comenta él que «le invitaban con el fin de ver el modo en que se podría renovar una parroquia según el modelo de las comunidades neotestamentarias». Y confiesa que «parece que yo sugería que del Nuevo Testamento se podría sacar un modelo, desde el que realizar comunidades hoy». Eso puede sugerir el mismo título. Y añade, «pues bien, no les pude ayudar, desde la base de mi libro no se podían obtener indicaciones concretas para la renovación de las parroquias. Y es que por lo visto, el tema se resistía a indicaciones de uso pastoral».

⁵ Gerhard Lohfink, *La iglesia que Jesús quería*, DDB 1986

¿Qué es lo que hizo entonces Gerhard Lohfink?

Pues escribir otro libro de eclesiología desde un punto de vista totalmente diferente. Es el titulado *¿Necesita Dios la iglesia?*⁶, publicado 16 años después, en 1998; y de cuyo prólogo titulado: «¿Por qué escribo este libro?», he cogido yo su confesión acerca del primero de sus libros.

Y es que, no se puede hablar de un modo directo y explícito de la iglesia que Jesús quería, simplemente porque Jesús no quería una iglesia. Somos nosotros los que, con un trabajo sosegado, (y eso es lo difícil debido a que siempre estarán interfiriendo sus consecuencias prácticas), debemos discernir, en los testimonios que hemos recibido de las iglesias que los apóstoles nos dejaron⁷, el modo de mantener vivo el Espíritu del crucificado-resucitado, manteniéndonos fieles a su vida, su muerte y su resurrección por la fuerza poderosa del Padre. Así lo ve también Juan en su evangelio, que nos dice: «Pero cuando venga el Paráclito, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio» (Jn 15,26-27).

Pues bien, este texto de Juan está en medio de ese largo discurso de despedida de Jesús, ese discurso que nos narra Juan en los capítulos 13 al 17, y que Jesús dirige a sus discípulos antes de morir. ¿Y qué hay justo antes de los versículos que he leído? Yo creo que la clave acerca de la continuidad entre Jesús y la iglesia. Leamos esos versículos para concluir.

Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer. No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto abundante y duradero. Así, el Padre os dará todo lo que le pidáis en mi nombre. Esto os mando: Que os améis unos a otros.

Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes

⁶ Gerhard Lohfink, *¿Necesita Dios la iglesia?*, San Pablo 1999

⁷ Cf. Raymond E. Brown, *Las iglesias que los apóstoles nos dejaron*, DDB 1986

yo os elegí del mundo, por eso el mundo os odia. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no serían culpables; pero ahora no tienen excusa por su pecado. El que me odia a mí, también a mi Padre odia. Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no serían culpables; pero ahora, a pesar de haber visto estas obras, siguen odiándonos a mi Padre y a mí. Así se cumple lo que ya estaba anunciado en su ley: Sin causa me aborrecieron. Pero cuando venga el Paráclito, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio.

El Evangelio de Dios

Habiendo puesto de manifiesto esa discontinuidad entre Jesús y la iglesia, sería necesario recordar que también es importante subrayar la continuidad. Y quiero hacerlo llamando vuestra atención sobre la coincidencia entre el modo en que Marcos nos presenta el ministerio de Jesús y el modo en que Pablo, y la iglesia con él, entiende su propio ministerio. **Ambos anuncian el evangelio de Dios.** Aquí está la continuidad. Tanto Jesús como Pablo, anuncian el evangelio de Dios. Dios es buena noticia para la humanidad. Es Dios el Evangelio de ambos.

Nos dice Marcos 1,14-15: «Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando **el evangelio de Dios**, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio».

Nos dice Pablo, presentando su ministerio a una iglesia que no conocía, la de Roma: «Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para **el evangelio de Dios** [...] acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo» (Ro 1,1-2). Y cuando acaba la carta vuelve a decirles: «Mas os he escrito, hermanos, en parte con atrevimiento, como para haceros recordar, por la gracia que de Dios me es dada para ser ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando **el evangelio de Dios**, para que los gentiles le sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo» Rom 15,15-16

Pues bien, Pablo utiliza esta misma expresión escribiendo a las iglesias de Corinto o Tesalónica (cf. 2 Cor11,7; 1 Ts 2,2.8). También 1ª Pedro la utiliza.

Es evidente que Jesús y Pablo viven para el evangelio que es Dios para la humanidad. Pero, también es evidente que lo anuncian de una manera adecuada a los receptores: el pueblo judío, en el caso de Jesús, y el pueblo greco-latino en el caso de Pablo. También lo anuncian en función de las características propias de cada uno, de su historia, de su cultura, de su anterior experiencia de Dios, de su cosmovisión religiosa y ética, etc.

El evangelio de Dios que Jesús anuncia a su pueblo dice «el tiempo se ha cumplido, el reinado de Dios se ha acercado». Es obvio que Pablo no puede decir lo mismo; los que no son judíos no saben de tiempos y de reinos propios de la experiencia religiosa de Israel. Después de que Jesús ha muerto y resucitado, el evangelio de Dios ha «tomado cuerpo» en la historia de una manera tan plena, que la iglesia confesará que Jesús es la encarnación de Dios.

Es obvio que haya discontinuidad debido a lo que “el acontecimiento de Jesucristo” significa de novedad en la historia de los hombres con Dios. Jesús anuncia el evangelio de Dios en un contexto histórico-religioso totalmente diferente al que lo anunciará la iglesia. Pero la iglesia encuentra en ese acontecimiento que es Jesús el Cristo, el criterio y el modelo de lo que significa Dios como buena noticia (evangelio) para la humanidad.

Así, el evangelio que la iglesia predica, une, el evangelio que Jesús predicaba a su pueblo, y el evangelio en que Jesús mismo se convierte como buena noticia para la humanidad de parte de Dios (Ro 1,1-6) tras su muerte y su resurrección.

Es de esa unidad de donde pueden surgir problemas; pues en el caso de Pablo, sus escritos los vemos claramente: —son pospascuales—; pero a veces se pierde esto de vista cuando leemos los evangelios. Aquí también debemos tener presente que son escritos pospascuales. De hecho, son de los escritos más tardíos del Nuevo Testamento; y nos anuncian el evangelio de Dios, confesando que Jesús es el Hijo de Dios y narrándonoslo como si hubiera sido «Hijo de Dios en poder» durante todo su ministerio; cuando durante su ministerio vivió y murió como hombre; es más, como judío en un contexto judío; siendo declarado «Hijo de Dios en poder» sólo tras la resurrección.

La iglesia está llamada a anunciar el evangelio de Dios. Y es que no anunciamos el evangelio de Jesús, es decir, no anunciamos el evangelio de un hombre. Anunciamos el evangelio de un hombre: Jesús, en cuanto que viene de Dios. Así es como nos lo presenta el evangelio de Juan. Y lo hace diciéndonos que lo que distingue a Dios es el amor, siendo también lo que

distingue a Jesús en cuanto enviado de Dios. Al hacerlo así, este evangelio nos está diciendo también que es el amor lo que debe distinguir a la iglesia en cuanto continuadora del **evangelio de Dios** a la humanidad.

He aquí la gran continuidad en la discontinuidad de la historia. El gran reto y el gran desafío de la iglesia, de ser ella también evangelio para la humanidad como lo fue Jesús, que de anunciar el evangelio de Dios, pasó a formar parte de él, siendo él mismo evangelio de Dios para la humanidad en la medida en que vivió siendo uno con el Padre. A ello nos invita Jesús, a vivir unido a él y al Padre y ser así el cuerpo de Cristo en la historia, el evangelio de Dios para la humanidad.